

Pueden creerme que de todos los actos a los que asisto en representación de la Real Academia Galega es éste uno de los más satisfactorios. Primero, por lo que se celebra, 90 años de existencia, en segundo lugar por el afecto, el calor con el que hemos sido recibidos y estamos siendo tratados.

Cada Academia se inició de acuerdo con unas circunstancias y coyunturas. La nuestra surgió por un impulso popular, del pueblo más humilde, el pueblo más pobre, porque era el pueblo de la emigración, fueron los emigrantes gallegos los que se impusieron la tarea de superar el cainismo intelectual para entregarnos la responsabilidad de cuidar de nuestra cultura y de nuestra lengua. Ellos, los emigrantes gallegos, pusieron en nuestras manos esta responsabilidad.

Una responsabilidad que se hace cuerpo en nuestro primer presidente, don Manuel Martínez Murguía, quien desde el primer momento dejó muy claro que defender los derechos propios, el derecho de una cultura propia y de una lengua propia no significa aminorar los derechos de los demás, con los que hay que compartir y con los que hay que convivir.

Porque don Manuel Murguía era en cierta forma un ejemplo de eso que predicaba. Él se formó literariamente en Madrid, al lado de los Calvo Asensio, de los Ruiz de Alarcón, de Gustavo Adolfo Bécquer, él fue compañero de redacción de Núñez de Alce, él fue compañero de Sagasta y de Cánovas cuando éstos no eran más que meritorios. Sabía por consiguiente lo que significaba Madrid como representación de la lengua española. Escribió en muchos periódicos y defendió bravamente a Galicia a través de aquella revista titulada *La Ilustración Gallega y Asturiana* que él fundó en Madrid. Pero, cuando funda el movimiento regionalista en el año 1886, va a Cataluña y contacta con los catalanes y recibe, en cierta manera, el apoyo y el aplauso de los catalanes.

Murguía llevaba en sus venas sangre vasca. Basta leer lo que escribe sobre sus ascendientes vascos para que realmente uno se emocione. Porque Murguía hablaba de su país de origen, de este país, como un país noble, leal, tan amante de lo noble y la lealtad como lo era también, aunque pareciera lo contrario, de la libertad. Y este Murguía nos contaba -en pocas ocasiones, porque el pudor siempre lo dominó- cómo su madre en su regazo le cantaba canciones en euskera.

Ese Murguía que se sentía vasco por todas partes llegó a escribir que, sin duda alguna, fue de la sangre de su madre de donde recibió esa pasión desesperada por amar a Galicia y por construir una nueva Galicia.

Por consiguiente, él era síntesis de lo que estamos hoy celebrando, *e permítanme que remate as miñas palabras recorrendo unha vez máis á lingua da miña tribo. Estamos moi agradecidos, sintonizamos con esta Academia, sabemos que a lealdade, que foi unha constante deste pobo, afortunadamente segue viva, como estamos nestes días decatándonos. A todos, moitas, moitas grazas.*

Xosé Ramón Barreiro